

Eros y sexualidad

ANDRE GREEN

¿Tiene la sexualidad alguna relación con el psicoanálisis?¹

André Green

¿Es provocador este título? Aun si fuera éste el caso, el término tiene varios significados. Puede ser sinónimo de agresión así como podría ser una incitación a reflexionar sobre un problema real. Siento como un honor haber sido invitado a dictar la Conferencia Aniversario Sigmund Freud y a dirigirme a ustedes en esta ocasión. Recordé un comentario que me habían hecho, luego de un encuentro franco-británico, y que, de hecho, comprendía dos observaciones: “Ustedes los franceses son muy freudianos y, además, piensan demasiado en el pene”. Vieja objeción: Freud, según sus adversarios, era un obseso sexual; si somos demasiado freudianos, será éste también igualmente nuestro caso. Quisiera aprovechar esta oportunidad que me han ofrecido amablemente para aclarar algunos malentendidos, nacidos de divergencias en las concepciones de la práctica y la experiencia, relativas al sentido y a la significación de la sexualidad en el psicoanálisis.

Si he puesto en duda la relación entre sexualidad y psicoanálisis es, fundamentalmente, por dos razones. En primer lugar, la lectura de las revistas y los periódicos psicoanalíticos de estos diez últimos años revela un desinterés cierto por la sexualidad. A excepción de la sexualidad femenina, que no ha cesado de plantear problemas y que continúa alimentando los debates psicoanalíticos debido a los desacuerdos con las ideas freudianas sobre

¹ Este artículo apareció en el *International Journal of Psycho-Analysis* (1996), 76. La versión francesa fue establecida por Christelle Bécant, revisada por el autor y publicada en *Revue Française de Psychanalyse*, tomo LX, 3, 1996. La Conferencia Aniversario Sigmund Freud, en el curso de la cual este artículo fue presentado en el Centro Anna Freud, tuvo lugar el 27 de febrero de 1995.

este punto, la sexualidad en general ya no es un concepto mayor, una función teórica a la que se le atribuya un valor heurístico. Ya no se la considera más como un factor esencial del desarrollo del niño ni como un determinante etiológico apto para esclarecer la psicopatología clínica. La sexualidad parece hoy en día reducirse a una cuestión limitada a sus aspectos manifiestos, que plantea en cada ocasión problemas específicos, circunscripta a una zona del universo interior entre otras. Aparentemente, no queda nada o casi nada de la significación y función que Freud había otorgado en su obra a la sexualidad.

Este cuestionamiento tiene, como segunda razón, las reacciones que, en diferentes encuentros, me inspiraron las presentaciones de material clínico. Al constatar que la sexualidad había sido reducida a un lugar bastante subalterno, si no insignificante y, a veces, prácticamente nulo entre los instrumentos conceptuales que se suponía que esclarecían nuestras ideas, supuse en un primer momento que me estaba equivocando. Tal vez era mi culpa; ¿acaso no sobreestimé la importancia de la sexualidad en la práctica psicoanalítica corriente? Sin embargo, la sexualidad no estaba ausente del material de las detalladas presentaciones de las sesiones. Estaba allí; pero, contra toda expectativa, se hubiera dicho que el analista percibía esta parte de la comunicación del paciente como una suerte de artefacto engendrado por el encuadre, o como una defensa que era preciso interpretar conjuntamente con otros aspectos ocultos que “superaban” la sexualidad o que se suponía que habían acaecido en la infancia y que la “precedían”.

Estas dos razones me llevaron a pensar que había llegado el momento de que el psicoanálisis abriera un debate sobre la cuestión. La Conferencia Aniversario Freud me ha brindado la oportunidad.

LA SEXUALIDAD EN LA CLINICA CONTEMPORANEA

Dejémosnos llevar por la imaginación. Supongamos que Freud, en lugar de haber nacido en 1856, hubiera llegado al mundo cien años más tarde, es decir, en nuestros días y que, aproximadamente a la misma edad, cerca de sus cuarenta años, hubiera descubierto el psicoanálisis. ¿Sería su teoría la misma? ¿La sexualidad

sería considerada todavía como un factor etiológico? Probablemente la respuesta sea negativa. Pero esta suposición es absurda porque el estado de cosas, tal como hoy en día podemos describirlo, es resultado en parte del descubrimiento del psicoanálisis. Es innegable que las hipótesis fundamentales de Freud descansaban sobre un terreno biológico, pero sería carecer de perspicacia creer que se trataba de una simple aplicación de conceptos tomados de su formación biológica. Por el contrario, Freud inventó de hecho la psicosexualidad.

Pareciera que diferentes factores se hubieran combinado para actuar sobre el pensamiento de Freud. Por una parte, la hipocresía moral de fines del siglo pasado que lo ayudó a exhumar sus manifestaciones reprimidas y, en mayor escala, la hipótesis de la influencia universal de la sexualidad como componente de la estructura general de la naturaleza humana. Si en el plano social la moral ha evolucionado profundamente en lo que concierne al sexo, y si, asimismo, cambios aún más radicales se deben a los progresos de la biología, que suprimió numerosas y anticuadas creencias referentes a las relaciones sexuales –a excepción de la recientemente descubierta epidemia del Sida–, aun así, no es posible afirmar que se hayan resuelto los problemas relativos a la sexualidad masculina y femenina. Nuestros pacientes se quejan todavía de trastornos en su vida sexual: impotencia parcial o total, frigidez, insatisfacción sexual, conflictos ligados a la bisexualidad, a la unión o desunión de la sexualidad y la agresión, por no citar más que éstos. Cualesquiera que fueran los cambios sucedidos y los usos sociales que hayan guiado de aquí en más los comportamientos individuales, las mentalidades no han evolucionado al mismo ritmo. De acuerdo con las notas encontradas –escritas en Londres en 1938– que confirman las observaciones anteriores, Freud mismo pensaba que la sexualidad presentaba una incapacidad intrínseca que impedía que la descarga y la satisfacción fueran completas. Incluso citó una expresión (en francés): “En attendant toujours quelque chose qui ne venait point” [“Siempre esperando algo que no llegaba”] (Freud, 1937-1938, p. 288). Esto le hizo imaginar que una inhibición interna impedía que el placer fuera total, por causa de un conflicto antagónico fundamental arraigado en el funcionamiento pulsional.

El cambio más espectacular en la obra de Freud proviene, por

supuesto, de la toma de conciencia progresiva, a través de la experiencia, de la influencia de los factores que se oponían a la expansión de las pulsiones eróticas. Las diferentes fases de su obra parecen atestiguar la progresión de factores antisexuales, más allá de la represión. Es claro que, por ejemplo, las pulsiones de autoconservación tienen, en tanto que se trata de oponerse a la sexualidad, un poder inferior al de las pulsiones de destrucción. Las pulsiones de autoconservación no inducen sino a la prudencia, su puesta en ejercicio no implica más que una limitación de la satisfacción sexual. Respecto de las pulsiones de destrucción, el resultado es más radical. Si se recuerda que, según Freud, la destrucción primaria se dirige en primer lugar hacia el interior, la sexualidad se encuentra atacada en tanto tal, y si la intrincación de las pulsiones no se logra de manera suficiente, se libera una cierta proporción de destructividad más allá de las combinaciones sadomasoquistas. En los hechos, esto conduce a una alteración profunda de la sexualidad, como lo constatamos en los síntomas presentados por los sujetos borderline al nivel del Yo o en relación con la psicopatología del narcisismo, así como en otras estructuras no neuróticas. En la actualidad estas características clínicas son muy frecuentes en los pacientes que analizamos y esto se debe, sin duda, a que damos por cierto que estos síntomas tienen escasa relación directa con la sexualidad y que se explican preferentemente en términos de relaciones de objeto. Parece que se los comprendiera mejor con la ayuda de otros factores independientes de la sexualidad tales como, por ejemplo, la incapacidad de satisfacer la necesidad de quietud, de equilibrio emocional o de seguridad interior.

No dudo de que uno pueda llegar a tales conclusiones si se observa lo que puede ser desde un punto de vista consciente, pero lo que yo me pregunto es qué adviene de aquello que nosotros dotamos de un valor cardinal desde la óptica de nuestras concepciones del inconsciente. Podemos preguntarnos de qué está hecho el inconsciente, ya sea que esté enlazado a lo pasado o activado en el presente dentro de la relación. En cuanto a lo que a mí concierne, aun a riesgo de que parezca una vieja solución, confieso que me es imposible concebir lo inconsciente de otra manera que desde la óptica freudiana, lo que en el caso contrario equivaldría a considerar que éste no está arraigado en la sexualidad y en la destructividad.

Trataré de ser lo más claro posible. Puedo tener presente que toda suerte de categorías muy alejadas de la sexualidad y de la destructividad jueguen un rol a menudo importante en la actividad psíquica, pero se trata –desde mi punto de vista– de descripciones fenomenológicas o psicológicas relativas a las formaciones intermedias que, tras el análisis, nos remiten de hecho a las categorías fundamentales descritas por Freud. Se impone aquí una observación importante. Si intentamos conducir nuestras investigaciones conforme a la metodología científica, es decir, pretendiendo, como sucede las más de las veces, satisfacer la necesidad de prueba estadística que le es inherente, es evidente que no estaremos en condiciones de observar de manera directa, en lo que se ofrece a nuestro examen en el diván, las expresiones o los constituyentes de la sexualidad y la destructividad, ni siquiera podremos reconocerlos o categorizarlos como tales. Sólo habremos tomado en consideración la punta visible del iceberg. Y nos sucederá que preferiremos las certezas de una percepción aunque imperfecta, que ignora la represión inconsciente, a las incertidumbres de las profundidades oscuras. Elegimos renunciar a la profundidad y al espesor del mundo psíquico inobservable y de hecho inobservable, dando libre curso al orgullo que sentimos en la consideración de nuestros descubrimientos relativos a los aspectos más superficiales de la vida psíquica, indiferentes al tributo que debemos pagar por esa elección. Ninguna exposición de exploraciones pretendidamente científicas e inspiradas por la psicología psicoanalítica, ningún descubrimiento relacionado con ideas tomadas en préstamo del exterior del psicoanálisis, es capaz de aportar el menor esclarecimiento sobre la sesión más común del más común de los pacientes con el más común de los analistas. Pero volvamos a la sexualidad y a la manera en que aparece en la clínica actual.

Si se considera la evolución del psicoanálisis y se la compara con la evolución de la psicopatología, es evidente que los síntomas y los rasgos clínicos que observamos hoy conllevan una cantidad mucho menor de manifestaciones abiertamente sexuales, o siquiera portadoras de simples connotaciones sexuales, que formen parte del cuadro clínico presentado por el paciente. Esto explica, en parte, que las descripciones clínicas y las explicaciones teóricas otorguen un rol cada vez más reducido a la sexualidad. Por ejemplo, en la actualidad se admite comúnmente que las

neurosis ya no constituyen más lo esencial de nuestra actividad psicoanalítica y que los pacientes que sufren trastornos de carácter, trastornos narcisísticos o, como en los casos límite, trastornos de la personalidad, se recuestan sobre el diván de los psicoanalistas con mayor frecuencia que las “neurosis clásicas”. Podemos dejar de lado las consideraciones de diagnóstico y dirigir nuestra atención hacia el contenido de las sesiones o sobre los aspectos evolutivos del proceso transferencial, igualmente llegaremos a la misma conclusión. Más aún, a menudo sucede que, al escuchar las presentaciones de material hechas en público por ciertos colegas, la presencia manifiesta de la sexualidad –en el material onírico, el fantasma inconsciente, o incluso los relatos de la vida del paciente o de sus relaciones con los otros– se interpreta de manera de evitar la esfera de la sexualidad para remitirse a las relaciones de objeto a las que se atribuye una naturaleza más profunda, como un modo de no acordar deliberadamente atención alguna a los aspectos específicamente sexuales que, frecuentemente, pasan por ser sólo una mera defensa.

Quisiera proponerles un punto de vista que difiere del modo en que habitualmente se comprenden las particularidades del material de los pacientes que presentan estructuras no neuróticas. Es frecuente pensar que estos pacientes sufren regresiones mucho más allá de las fijaciones edípicas y genitales, remontándose a fases pregenitales muy anteriores. Se concluye entonces que, en este caso, las fijaciones clásicas de la fase edípica o genital no son válidas. Después de años de análisis con pacientes borderline o pacientes que sufren trastornos narcisísticos, he arribado a conclusiones opuestas. Ya no tengo más por cierto que las fijaciones edípicas y genitales no actúen en el proceso que engendra el perfil psicopatológico. Al contrario, he llegado a persuadirme de que la estructura de los síntomas, en los cuales la sexualidad parece no jugar más que un rol contingente o aparentemente sin importancia, podía no ser más que un camuflaje, como si los otros aspectos no abiertamente genitales tuvieran por función proteger y ocultar el fondo de la patología. De hecho, las fijaciones sexuales y genitales, como el centro de la cebolla que está recubierto por numerosas capas, constituirían el secreto que el paciente debía guardar absolutamente en su fuero interno. A ojos de los demás, los pacientes buscaban que estas causas de conflic-

to parecieran inexistentes o insignificantes. Esto, por supuesto, es causa de problemas técnicos.

No quiero decir que el analista deba hacer caso omiso de esto para entrar de lleno en el tema y que la flecha de la interpretación deba apuntar directamente su tiro sobre el blanco de la sexualidad y la genitalidad. Se deben respetar las defensas del paciente, en particular cuando éstas ponen en juego dichas regresiones. El paciente actúa de esta manera la mayor parte del tiempo porque se da cuenta, en forma más o menos consciente, de que, si diera toda su importancia a la sexualidad y a la genitalidad, se expondría a un gran peligro, a saber, a la imposibilidad de aceptar la menor frustración, de vivir los tormentos de la decepción, de soportar las torturas de los celos, de sufrir la rabia de haber admitido que el objeto difiere de la imagen que ha proyectado sobre él, de exponerse a la desorganización de la destrucción ilimitada, ya sea del objeto, ya sea del Yo en caso de conflicto, etc. Para evitar todas estas amenazas, fuentes de depresión, y de otros estados todavía peores, el paciente se descomprometerá de una relación plena y completa, para dejar el camino libre a otras regresiones que tienen la ventaja de no implicar la existencia de otro objeto generador de insatisfacciones que él, o ella, pueda causar.

Muchas veces hemos confundido el árbol con el bosque, preocupados como estábamos por los rasgos clínicos manifiestos y las fijaciones primarias que parecen revelar, alejados de los fantasmas inconscientes latentes y ocultos y de la violencia a la que pueden conducir cuando son activados. ¿Me estaré contradiciendo? ¿Los rasgos clínicos que mencioné no son la prueba de fijaciones pregenitales? Aquí no está el asunto. La naturaleza regresiva de un comportamiento o de fantasmas de este tipo y de sus expresiones no puede ocultar el hecho de que su significación profunda reside en la referencia indirecta a los fines genitales, con todas las connotaciones conflictivas que estos últimos comportan: diferencia de los sexos y de las generaciones, tolerancia con respecto a la alteridad, conflicto entre deseo e identificación al objeto, aceptación de la pérdida de control en el goce sexual, etc. Parece más fácil dirigirse hacia los trastornos cuando se admite generalmente que no tienen nada que ver con la sexualidad. Estas otras fijaciones pasan por reproducir las relaciones precoces madre-lactante, por lo general concebidas como total-

mente asexuadas. Incluso las fijaciones orales evocadas son percibidas en mayor medida como una suerte de fuente sagrada más que como la fuente del goce y del placer.

Es posible que, en consecuencia, nos veamos obligados a modificar nuestras opiniones habituales y que, en lugar de seguir a los pacientes en las manifestaciones abiertamente regresivas que nos dejan ver con facilidad, haya que mantener un ojo atento sobre lo que ocurre detrás de la escena y que debamos cuestionar la pretendida superficialidad de lo sexual y de lo genital. Estas ideas resultan del hecho de que consideramos a los pacientes como bebés. Las posiciones anal y oral, o, de acuerdo a otras terminologías, las posiciones depresiva y esquizo-paranoide, al ser más antiguas o más profundas, pasan por ser más importantes.

Algunas cuestiones deberían imponerse: ¿Qué es lo que importa? ¿Qué es lo que tiene mayor valor? El precio de la vida es función de aquello que el conjunto de seres humanos comparten y buscan: la necesidad de amar, de gozar de la vida, inscribirse en una relación en toda su plenitud, etc. Una vez más estamos aquí confrontados a la hipótesis ideológica de los fines del psicoanálisis. ¿Cuál es nuestro fin? ¿Sobreponernos a nuestras angustias primitivas, reparar nuestros objetos dañados por una destructividad funesta que alimenta una culpabilidad sin fondo? ¿Afianzar la necesidad de seguridad? ¿Buscar afanosamente la norma y la adaptación? ¿O darnos la sensación de estar vivos y de investir las múltiples posibilidades ofrecidas por la diversidad de la vida, a despecho de las decepciones inevitables, fuentes de infelicidad e innumerables dolores?

LA SEXUALIDAD FREUDIANA Y SU DESTINO

Podríamos querer concentrarnos exclusivamente en la cuestión de la sexualidad para evaluar su importancia en el psicoanálisis actual, sin embargo este propósito no nos evitaría tener que confrontar el concepto freudiano de sexualidad con lo que el psicoanálisis contemporáneo entiende generalmente por este término. Según Freud, la revelación del rol de la sexualidad en la etiología de las neurosis se mantuvo en una ignorancia flagrante. Sin embargo, Freud no limitó el influjo de la sexualidad al período de la cultura occidental en el curso de la cual hizo su

descubrimiento. Según él, el campo de la sexualidad se extiende a la totalidad de la experiencia humana, cualquiera sea el lugar y la época. Se pueden observar variaciones de acuerdo a los períodos y las regiones del mundo considerados, pero el hecho en sí mismo no varía.

Se recordará la reacción de Freud cuando, frente a un antropólogo que había venido a visitarlo y que aseguraba que en ciertas tribus primitivas los antropólogos no habían podido observar rasgos de analidad, le preguntó: “¿Acaso porque esta gente no tiene ano?”. Es evidente que para él la primera etapa consistía en establecer una neta distinción entre sexualidad y genitalidad y en diferenciar fijaciones, formaciones reactivas, sublimaciones, etc. Freud ya había extendido el campo de la sexualidad infantil a partes del cuerpo sin conexión directa con el sexo. Por otra parte, había hecho un avance decisivo al postular la infiltración de la sexualidad en regiones del universo psíquico que supuestamente escapaban a su influencia o que incluso se oponían a su acción.

Por ejemplo, el Yo, situado del lado de las pulsiones de autoconservación, fue considerado primeramente como antagonista de la sexualidad. Luego, con el concepto de narcisismo, el Yo fue investido por la libido, aquella misma a la que supuestamente él había combatido antes. El antagonismo era modificado. El analista debía ahora evaluar el rol concurrente de la libido narcisista y de la libido de objeto. Otros rasgos característicos de los atributos de la sexualidad eran altamente significativos. Así, primeramente, sus capacidades para mezclarse con otras tendencias, hasta aquí aparentemente opuestas. Este fue el caso de la agresividad que, unida a la libido, da nacimiento al sadismo y al masoquismo. Así también, en segundo lugar, la capacidad de la libido para sufrir transformaciones tales como, por ejemplo, la inversión sobre la propia persona y el retorno en su contrario. Pero otros dos destinos de la pulsión llaman particularmente la atención: la sublimación, en la cual se abandonan los fines sexuales de la pulsión inicial, al ser desexualizados los investimentos, y, finalmente, la represión que mantiene el tono sexual del contenido ideacional tan alejado como sea posible de la conciencia (Freud, 1915).

Estas breves observaciones nos permiten ver que lo que Freud ha descripto efectivamente a través de estos mecanismos, de los

que sólo he mencionado algunos, es de hecho un dispositivo de transformaciones que se podría comparar con procedimientos sintácticos que no harían uso de palabras. Se llegaría, inclusive, a suponer que, paralelamente a la creación de una variedad infinita de “oraciones” con la ayuda de una gramática tal, asistiríamos al desarrollo de una acción opuesta cuyo fin sería, no solamente borrar su contenido precedente cuando la censura está trabajando, sino también impulsar su actividad hasta destruir la comunicación que habría intentado fundar, con la ayuda de un dispositivo de desligamiento de los lazos establecidos. Aquí aludimos a la misteriosa y muy discutida idea de pulsión de muerte, pero no la desarrollaremos más por el momento.

Las descripciones que Freud hizo de esta gramática inconsciente sin palabras –no se me escapa que la expresión es contradictoria, pero estoy seguro de que ustedes comprenden que hago referencia a los procesos psíquicos– debían ser enriquecidas por la de los mecanismos de defensa en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926). En 1915, Freud no habla más que de *destinos* de las pulsiones, no de mecanismos de defensa. Después de 1926, descubriría también otros mecanismos de defensa, tales como, por ejemplo, el clivaje. La significación clínica de la sexualidad en las neurosis o su capacidad de fundar un dispositivo de mecanismos psíquicos que pusiera en juego los destinos de las pulsiones no son las únicas razones que presidieron la elección de la sexualidad para realizar tal designio. Freud eligió la sexualidad asimismo a causa de su contenido filosófico, tal como lo ha indicado al citar a Empédocles en “Análisis terminable, Análisis interminable” (Freud, 1937). Sexualidad y muerte, se sabe, son las dos grandes “invenciones” de la evolución. La sexualidad está ligada con la perpetuación y la complejización de la vida. Comparadas a las funciones somáticas, las que ella ejerce en el individuo son de una importancia sin igual. Que, en la especie humana, una función tan natural sea sometida a influencias culturales determinantes o a tales variaciones del destino –los destinos (*Schicksal*) de Freud– y que pueda volverse tan “desnaturalizada” es un hecho de una considerable importancia, pero que no puede hacer olvidar el basamento biológico fundamental. Conviene no olvidarlo si se quiere comprender plenamente las hipótesis elementales de Freud. Pero retornemos a la descripción psicológica en sentido estricto.

Se ha considerado que la teoría de Freud era solipsista, como si se inscribiera en un organismo aislado, encerrado en sí mismo, en el cual la evolución y el desarrollo escaparan a toda influencia externa. Y esto fue prácticamente suficiente para justificar que se la rechace y que se le oponga la concepción de las relaciones de objeto. Personalmente, no pienso que Freud haya jamás tenido en vista un sistema cerrado que niegue la importancia del objeto. Es verdad que en el modelo inspirado en la perversión el objeto es fácilmente intercambiable. Un tipo de calzado particular puede transformarse en el objeto de una encendida pasión. Pero un modelo diferente se inspira en la melancolía. La pérdida de objeto es la pérdida de un objeto irremplazable, y sólo la identificación del Yo al objeto perdido puede hacer frente a este trauma. Tengo la convicción de que Freud pensaba que la dependencia del lactante con el objeto materno era un hecho patente. Incluso él mismo confesó que un organismo que funciona según la soberanía del principio del placer nos imponía incluir en la descripción el amor materno. Pero en esta suposición se trataba principalmente de una condición necesaria para la supervivencia del sistema más que de un factor activo en las transformaciones que describía. Además, como he dicho más arriba, el objeto es el revelador de la pulsión pues es la experiencia de la falta del objeto la que desencadena la activación de la pulsión y permite tomar conciencia de sus exigencias.

Después de Balint y Klein, la noción de narcisismo primario ligado a un mundo anobjetal ha sido descartada. El objeto existía desde el inicio, esto era manifiesto, pero los partidarios de esta idea parecían haber olvidado que al comienzo de la vida los contactos entre el lactante y su objeto tuvieron lugar en el curso de un lapso de tiempo muy limitado del día. No es posible cuestionar la riqueza de esas experiencias y la importancia de esta relación gracias a toda suerte de intercambios muy estrechos: piel, ojos, sensaciones, etc. Pero ¿es posible olvidar que la suma de estos momentos es ínfima comparada con el período en el que el bebé se queda solo, para dormir y descansar, o llorar y gritar, bajo un modo que puede calificarse legítimamente de narcisista?

Se le ha atribuido demasiada importancia a las ideas de los observadores que no pueden, sin embargo, observar más que aquello que sucede en el curso de los intercambios de la vigilia.

Como los momentos en los que el bebé está solo no ofrecen prácticamente nada que observar, la tendencia es a subestimar su importancia y negar el universo solitario del bebé, porque nos es imposible concebirlo. Es mucho más aceptable admitir que los momentos de encuentro están ahogados en ese océano autoerótico de repliegue sobre sí, integrados en ese contexto de no-conciencia de lo que se califica como “otro”, que pensar que las huellas de esos intercambios puntuales persisten como tales aun fuera de la presencia de la madre y que, desde el inicio, su recuerdo sigue siendo muy vívido luego de su interrupción. No me parece, en consecuencia, que postular la existencia de un objeto desde el inicio pueda contradecir la idea del narcisismo primario. Sería igualmente apropiado recordar que la hipótesis de las relaciones de objeto cuestiona la idea del autoerotismo.

El rechazo del narcisismo primario no tiene por única causa la tesis de la existencia del objeto desde el inicio de la vida. En el psicoanálisis se ha producido otro acontecimiento. Los psicoanalistas han decidido abandonar el campo del psicoanálisis aplicado en razón de sus innumerables desavenencias con Freud o sus partidarios: malentendidos, errores, subestimación de hechos importantes, fragilidad de ciertas hipótesis que levantaron críticas considerables. Se decidió un recentramiento sobre la experiencia clínica. Hasta aquí, todo va bien. Este cambio, consecuencia normal que se apoya en el hecho de que el psicoanalista está siempre presente en la escena analítica, produjo un deslizamiento hacia una teoría fundada menos en el desarrollo y en las ramificaciones de una fuerza desconocida establecida por hipótesis que en los intercambios con el objeto, tal como podía experimentarse en la situación clínica. De todas maneras, la teoría de la sexualidad hubiera podido permanecer intacta. Sin embargo, no podía ser así.

Luego de los *Estudios sobre la histeria*, Freud había señalado que el paciente no hacía más que raramente referencia al elemento sexual. La represión y la resistencia influían en la comunicación del paciente. Pero actualmente se las encuentra por igual en el analista. De hecho, la teoría de las relaciones de objeto ha seguido dos direcciones. En primer lugar, la afirmación de Fairbairn de que la actividad psíquica no estaba orientada hacia la “búsqueda del placer” sino hacia la “búsqueda del objeto” implicaba una desexualización de la teoría. En segundo lugar, la

corriente de Melanie Klein, al invocar la importancia del objeto desde el inicio, daba, sin embargo, prioridad a la destrucción y, a la oposición freudiana placer-displacer, prefería una pareja diferente de contrarios: el objeto bueno y el malo. Esta ligera diferencia no carecía de consecuencias ya que atribuía a los principios de base de la actividad psíquica una orientación que divergía considerablemente de la hipótesis freudiana. La idea de una relación de objeto comenzada con el inicio de la vida elevaba el seno a una posición suprema. La influencia de esto se hizo sentir en fases posteriores. El modelo del seno es extendido a la fase genital, alcanzando el órgano genital. A partir de entonces se consideró el pene como un órgano oblativo y nutricio; en otros términos, un seno. La *fellatio* se convertía implícitamente en el equivalente más próximo de una relación sexual plenamente satisfactoria. ¿Estaré yo minimizando el rol de la metáfora? Puede ser. Comoquiera que sea, el rol de una relación sexual no es nutrir y alimentar sino alcanzar el éxtasis en un goce mutuo.

Me es difícil pensar que la capacidad de una mujer de experimentar placer sexual provenga del recuerdo inconsciente de “haber amado, querido el pezón y haberlo disfrutado en total quietud en la succión activa” (Hoffer, 1991, p. 696, quien cita esta opinión sin compartirla). Si ésta fuera la única condición, veo ya la frigidez perfilándose sobre un telón de fondo. Y si a pesar de todo existiera un goce desprovisto de fijaciones orales, se supondría que constituye una defensa contra la angustia, estando esta última ligada a la agresión. A fin de cuentas, ¿qué nos aporta la teoría kleiniana de la relación de objeto primario? El seno como objeto bueno o malo, la fijación oral, irreductible o al menos incomparable, las pulsiones de destrucción desencadenantes de la angustia (de aniquilación) y las pulsiones eróticas reducidas a simples defensas. Como Hoffer lo formula claramente en las *Controversias Freud-Klein*: “Según Freud, las neurosis son las enfermedades específicas de la función sexual, según la teoría de M. Klein, se puede decir que las neurosis son las enfermedades específicas de las funciones de destrucción.” (Hoffer, 1991, p. 723).

Es inútil decir que el padre, primordial en la obra de Freud, se encuentra aquí ubicado en un segundo plano. En las *Controversias Freud-Klein* se ve que los partidarios de Melanie Klein fueron los primeros en apoyarse en los resultados de la observa-

ción de los pediatras a fin de afirmar sus puntos de vista en los debates que los confrontaron con sus colegas. A partir de ese momento, una suerte de competición se instaló entre los diferentes observadores del niño y, aun cuando esto haya contribuido a acentuar las divergencias, los descubrimientos en los que se desembocó comparten todos un factor común: el rol decreciente atribuido a la sexualidad en el desarrollo infantil. Esto acaso si sorprende, porque lo esencial de la descripción de Freud supuestamente tenía lugar en lo intrapsíquico, y su conocimiento está considerablemente limitado por la represión. Percibir es entrar en contacto con la realidad exterior. Escuchar es entrar en contacto con la realidad psíquica.

EL PODER DE TRANSFORMACION DE LA SEXUALIDAD: DEL SEXO AL AMOR

Al elaborar la teoría de las pulsiones, Freud hizo más que poner a la luz lo que estaba reprimido en nuestra vida de hombres civilizados. Su descubrimiento no se limitó a la exhumación de aquello que pudiera encontrarse más allá de la superficie de la conciencia. Su descripción de las transformaciones de la sexualidad ha sido aún más importante. Recuérdese “Pulsión y destinos de pulsión” (1915a), así como otros artículos en los que defiende la misma idea. (Pienso aquí en su artículo sobre la transformación de las pulsiones en el erotismo anal.) Si retomamos su definición de la pulsión como “una medida de la exigencia de trabajo que es impuesto al psiquismo como consecuencia de la ligazón a lo corporal” (p. 18), es esta referencia al “trabajo” lo que explica las transformaciones que sobrevienen y modifican los contenidos de la expresión inicial de la pulsión. En el caso de lo que Freud denomina destinos de la pulsión, hemos dicho que era posible ver allí una suerte de lenguaje pre-verbal. Son más que un simple dispositivo de mecanismos u operaciones pues nos es imposible comprenderlos haciendo abstracción del sentido. A estos mecanismos, podemos agregarles otros que no implican directamente las pulsiones sino que, tal como es el caso de la identificación, intervienen entre el Yo y el objeto.

Recordemos un ejemplo que Freud describe en “El Yo y el Ello”. El Yo transformado, dirigiéndose al Ello, dice: “Escucha,

tú puedes también amarme –no hay diferencia entre el objeto y yo” (1923, p. 30). La identificación, en tanto que es una modalidad que implica al objeto, participa del proceso de transformación relativo al Yo.

Mediante el análisis de las diversas concepciones de la sexualidad sacamos a la luz diferencias culturales y constatamos que la sexualidad constituye, por la diversidad de sus manifestaciones a lo largo de una vida, un estímulo extraordinario para el pensamiento, generador de múltiples construcciones imaginarias y míticas. En la escala del individuo, el fantasma juega un rol similar. De su potencial de transformación resulta un pensamiento complejo que constituye la más poderosa incitación al trabajo psíquico. Este tipo de pensamiento –al que Freud se refiere en el final del caso del Hombre de los Lobos–, fundado en la intuición, pone en juego, sin embargo, operaciones inconscientes y merece ser calificado de primario. Se opone al tipo de pensamiento que sólo es posible alcanzar mediante el lenguaje y los procesos secundarios. Como podemos ver, ninguna otra función psíquica puede jugar un rol similar. Parece razonable pensar que el lugar y la influencia de la sexualidad no pueden ser disminuidos, a pesar del carácter oscuro de sus manifestaciones, muchas de ellas ocultas. No se trata únicamente de un cambio en los usos o la moral imputable al *Zeitgeist*². Lo que nosotros destacamos, de hecho, es el arraigamiento corporal de lo psíquico ligado a los objetos, estando el conjunto inmerso en una cultura. Y cuando finalmente constatamos que las expresiones del psiquismo inconsciente están muy alejadas de su contenido consciente, esto nos conduce a postular una relación entre el sexo y la vida.

Al discutir las opiniones de Freud, me ha parecido que se había pasado por alto un importante cambio ocurrido en su obra. En 1920, la última teoría de las pulsiones, formulada en “Más allá del principio de placer”, introdujo nuevas maneras de pensar que no fueron tenidas en cuenta. La mayor parte de los colegas de Freud concentraron su atención sobre el postulado de la existencia de una pulsión de muerte, según ellos discutible y, al consagrar todas sus energías a contradecir su orientación, ignoraron las modificaciones significativas que había aportado a su teoría de la sexualidad.

² “Espíritu de la época” (En alemán en el original, N.T.).

En esta obra, Freud introduce la idea de Eros. En lugar de hablar de pulsiones sexuales, ahora se refiere a las pulsiones de vida, cambio que encuentra su evidencia y su justificación en su antítesis, la pulsión de muerte. La sexualidad parece aquí expuesta como equivalente de la vida, mientras que las pulsiones no sexuales, se supone, se precipitan hacia la finalidad última de la vida: la muerte. Pero más tarde Freud agregará otra observación. Hablará igualmente de pulsiones de vida *o de amor*. Aquí, la vida equivale menos a la sexualidad que al amor.

En este estadio, es necesario recordar una observación formulada anteriormente en "Pulsiones y destinos de pulsiones". En este artículo, Freud nota que es imposible decir que una pulsión "ama" a su objeto. El amor no puede ser concebido más que como el resultado de la integración de las pulsiones parciales.

"Uno no puede dudar de la relación íntima entre estos dos sentimientos opuestos [amor y odio] y la vida sexual, pero uno no puede, naturalmente, más que rehusarse a concebir el amor como una simple pulsión parcial de la sexualidad, con el mismo título que las otras. Se preferiría ver en el amor la expresión de la tendencia sexual total, pero con esto no salimos del atolladero, y no tenemos cómo concebir un material contrario a esta tendencia" (Freud, 1915 *a*, p. 34).

De hecho, lo que Freud expresa, aun cuando no sea plenamente consciente de las implicaciones de su observación, es que, en tanto esté en juego una relación amorosa, el objeto no puede ser un objeto parcial. En consecuencia, si el amor existe desde el inicio en tanto que expresa las pulsiones de Eros, debe implicar correlativamente un objeto entero en la relación erótica que se instaura. Podemos concluir que, paradójicamente, la teoría de la relación de objeto estaba en germen en la última concepción freudiana de las pulsiones. A esto podemos agregar nosotros que es imposible considerar aisladamente las pulsiones o el objeto. La verdadera relación vincula un Ello constituido de pulsiones y un objeto. Esta relación oscila sin duda según los aspectos y los momentos de la pareja que reúne: a veces, esencialmente sexual (y destructiva), pone en juego una pulsión parcial y un objeto parcial, mientras que, por otro lado, en una relación momentánea de amor-odio, une un Ello a un objeto total.

Se podría imaginar una relación que alternativamente une por momentos, por un lado, pulsiones sexuales y destructivas y, por

otro, objetos parciales. En otras ocasiones, probablemente cuando las pulsiones hubieran encontrado la satisfacción apropiada, podrían ponerse en contacto con un Ello en tránsito a transformarse en un Yo y un objeto parcial en tránsito a transformarse en total. Las regresiones conducirían no solamente al odio y a la destrucción, sino también a la predominancia de los objetos parciales. He expresado ya mi desacuerdo con respecto a las orientaciones de Melanie Klein. Menos aún puedo dar crédito, eso va de suyo, a la tesis de Fairbairn, que sostiene la idea de una libido en búsqueda de objeto y no en búsqueda de placer. Cuál no habrá sido mi sorpresa con la lectura del relato que Guntrip hace de su análisis. Allí se dice que Fairbairn analizaba sus pacientes detrás de su escritorio y que conversaba con ellos luego de las sesiones, comentando lo que allí había sucedido. El escritorio lo protegía de una relación sexual metafórica, próxima e íntima con el paciente; en tanto que la conversación le permitía ver en la sesión una suerte de intercambio que podía ser objeto de un comentario discursivo *a posteriori*.

Existe en todo analista una tendencia a poner en acto el clivaje entre el trabajo clínico y el teórico. Utilizo aquí el concepto de clivaje en un sentido freudiano y no en su aceptación kleiniana. Esto es ilustrado por una expresión que Octave Mannoni utilizó, citando a uno de sus pacientes. En efecto, un día uno de sus pacientes lo llama, como habían convenido, para decidir un encuentro excepcional. La secretaria de Mannoni, luego de haber tomado el recado de nuestro colega, responde al paciente por teléfono: “El Sr. Mannoni lo atenderá en su casa mañana al mediodía para tomar algo”. Lo que de hecho había sucedido es que la persona al servicio de Mannoni probablemente había confundido el nombre del paciente con el de un amigo que llegaba del extranjero y que su empleador deseaba ver lo antes posible.

Al día siguiente, cuando Mannoni iba a recibir a quien él esperaba al mediodía, descubrió el error al encontrar al paciente en la sala de espera. No hizo ninguna pregunta, entró en la sala de consulta como de costumbre, y cuando el paciente se recostaba en el diván, escucho lo que tenía para decir. El paciente dijo: “Usted parece sorprendido de verme. Por supuesto, también yo me sorprendí de que usted me ofrezca venir hoy a tomar algo. Yo lo sé, pero igualmente...”

Nosotros tendemos a hacer lo mismo. Por supuesto, sabemos

que se trata de una sesión analítica, pero igualmente... Lo que significa que abandonamos el universo de la sesión y mezclamos en él consideraciones que pertenecen al mundo exterior. O entonces decimos: por supuesto sabemos que nosotros nos ocupamos de la realidad psíquica, pero igualmente... la observación de un niño puede brindarnos claves útiles. Por supuesto, nosotros sabemos que nos ocupamos de cuestiones que se supone son tan próximas como es posible al principio del placer-displacer o al universo inconsciente, pero igualmente... Nosotros nos volvemos hacia parámetros totalmente foráneos a este contexto para esclarecer lo que pasa en la relación analítica. Por supuesto sabemos que continuamos pensando en los términos de la teoría psicoanalítica tal como fue elaborada inicialmente por Freud, pero igualmente... No solamente los “mejoramientos” que nosotros aportamos allí no siguen la dirección que fue la de su autor, sino que de hecho deformamos absolutamente el espíritu en la que fue elaborada en su origen. Yo pongo en duda la excesiva importancia que se otorga a las investigaciones fundadas sobre hechos situados fuera de toda situación analítica, ya sea que provengan de la observación, de la psicología experimental o de la moda del cognitivismo.

Confundimos la moda con el progreso efectivamente realizado en la comprensión de la actividad psíquica siguiendo las líneas directrices del psicoanálisis, al no llevar a cabo un examen crítico del saber al cual la moda se refiere. Es preciso examinar de cerca el pretendido interés de estas investigaciones a fin de determinar si estas ideas supuestamente nuevas van o no contra la especificidad del punto de vista psicoanalítico. Es importante decidir si el psicoanálisis es enteramente incompatible con la psicología. La cuestión de la legitimidad de la *psicología* psicoanalítica no ha sido todavía decidida de manera apropiada y satisfactoria. Si nosotros no tenemos cuidado con lo que está por suceder, terminaremos asistiendo todos al servicio fúnebre que rendirá homenaje a los restos del difunto psicoanálisis. Los psicólogos de las profundidades no harán más que convertirse, por causa de la desocupación, en sepultureros.

Pero dejemos de criticar el aporte de ideas provenientes de disciplinas que, en su sentido profundo, recusan al psicoanálisis. Es necesario, asimismo, examinar los cambios imputables a la evolución interna de nuestra disciplina. La objeción esencial que

yo opongo al *corpus* teórico kleiniano –lo que no va en contra de mi admiración por la obra de Bion– es que progresivamente la sexualidad ha desaparecido de ella. Aun a riesgo de confirmar la observación de la colega británica que cité al comienzo de esta conferencia, que por otra parte no era kleiniana, sigo cuestionando la idea de que la totalidad de mi experiencia sexual apunte a la obtención de un seno plenamente satisfactorio. Según mi punto de vista, esto no es interpretable solamente como una referencia a fijaciones anteriores, sino también como a la negación de la diferencia de sexos. He aquí lo que Meltzer escribió a propósito de la relación sexual de un hombre y de una mujer en el interior de la estructura triádica de la relación.

“En su significación primera, más profunda, más basal, la mujer está en un estado de desesperación, necesidad y peligro; el hombre es su servidor, su benefactor, su salvador. Ella está en insuficiencia respecto de sus bebés internos, en necesidad de recursos para fabricar la leche para sus bebés externos y en peligro de parte de los perseguidores que sus niños han proyectado en ella. Ella necesita buenos penes, y buen esperma, y ella debe ser liberada de todos los malos *excreta*. Ella estará colmada, satisfecha, salvada, en tanto que él será admirado, agotado, gozoso-triunfante” (Meltzer, 1973, p. 129).

No creo que la separación de Donald Meltzer del grupo kleiniano invalide sus escritos pues, hasta donde sé, sus ideas no son objeto de debate en los conflictos que lo han enfrentado a sus colegas. En tanto la destrucción comienza a acaparar todo el campo, en los escritos kleinianos la referencia a la sexualidad infantil se torna más y más esporádica. Sea como fuere, nos es posible constatar el efecto ideológico de la sustitución de las experiencias de placer y displacer por objetos buenos y malos. Si mi trabajo no ha arruinado el análisis, y si el paciente no es demasiado psicótico, yo alimento la esperanza de que en el final del análisis, según las líneas directrices de Freud, mi analizante estará en condiciones de disfrutar de la vida un poco más de lo que lo hacía antes de comenzar el tratamiento, o, como dice Winnicott, será un poco más viviente, aun cuando los síntomas no desaparezcan en su totalidad. ¿Acaso nuestro recurrente puritanismo psicoanalítico es responsable del hecho de que nosotros podamos ignorar la sexualidad en un gozo de este orden?

Geza Roheim ha señalado, en su calidad de antropólogo, la

actitud antisexual de todos los grupos humanos (Roheim, 1950). No dispongo aquí de tiempo para explicar, como lo he hecho en otros escritos, cómo concibo las variaciones del sexo según las diferentes culturas o las diversas fases históricas. En efecto, elegí atenerme al campo del psicoanálisis clínico. En el interior mismo del psicoanálisis observo que la actitud antisexual se revela de diferentes maneras. He expresado ya mis objeciones con respecto a Melanie Klein y Fairbairn, pero podría citar otras opiniones, por ejemplo las ideas de Hartmann acerca de la defensa de un Yo autónomo y de una esfera exenta de conflictos, el valor ideológico de esta tesis que apunta, en cierta forma, a salvar al Yo de la contaminación de las pulsiones.

Es inútil precisar que esto nos ha retrotraído a una concepción psicológica del Yo más próxima a los conceptos prefreudianos de esta instancia. Hartmann abrió el camino para el Self de Kohut que había sido considerado como un concepto mejor que el Yo. Kohut no se contentó con promover el Self a un status más respetable, sino que defendió la idea de que la referencia a las pulsiones constituía un extravío teórico y clínico. Posteriormente, las contribuciones de los partidarios de Kohut sobre la psicología del Self semejan ser cada vez más trabajos de literatura fenomenológica. Parece cada vez menos posible dar cuenta de la noción de “análisis del Self” en términos de represión ligada a los retoños inconscientes de las pulsiones. Esto es lo que ha resultado del redescubrimiento del narcisismo por Kohut. Redescubrir el narcisismo implica que éste estaba olvidado o perdido para todo el mundo y yo no estoy seguro de que ése haya sido el caso para cada uno de nosotros. Este descubrimiento ha acentuado más aún un malentendido, en la medida en que se opuso el narcisismo a las pulsiones, lo que no corresponde en absoluto a la idea de Freud. Una vez más, un redescubrimiento de este orden tuvo por resultado disminuir más aún el interés prestado a la sexualidad. Ustedes pueden constatar que, a fin de cuentas, el título de mi conferencia no era para nada una provocación, sino que reflejaba la realidad de la evolución del espíritu del psicoanálisis.

Y para aquellos que son propensos, en sus teorías, a remontarse tan lejos como sea posible hacia los primeros períodos de la vida, ¿debo acaso recordar un hecho muy simple, tanto a ustedes como a mí mismo, en caso de que lo hayamos olvidado? Si cada uno de nosotros respira y se encuentra con vida, es la consecuen-

cia, feliz o infeliz, de una escena primitiva, es decir, en otros términos y para ser más explícito, de una relación sexual, feliz o infeliz, entre un padre y una madre, sexualmente diferentes, nos guste esto o no.

EL SENTIDO DE LA SEXUALIDAD

¿Tiene la sexualidad alguna relación con el psicoanálisis? Posiblemente ustedes pensarán que, de acuerdo con mis ideas, para mí la respuesta es evidentemente positiva, y no se habrán ustedes equivocado enteramente. Pero esto implica que se incluya una lista de reservas en la respuesta total. Me parece que la sexualidad necesita una reevaluación. La sexualidad de hoy no es la sexualidad de Freud. Con esto no estoy pensando en la evolución de las costumbres, capítulo que evidentemente es necesario examinar y considerar de manera detallada para comprender sus consecuencias. Hago esencialmente alusión a un conocimiento profundo de los descubrimientos de la biología y a la diversidad que podemos observar en civilizaciones diferentes a la nuestra, en las sociedades primitivas, etc. Me refiero también a las regulaciones que sus manifestaciones sufrieron en el curso de otros períodos históricos. Este examen no nos conducirá a adoptar un punto de vista relativista, sino que nos incitará a concebir la naturaleza de la sexualidad como un agente extremadamente incitante para la imaginación y generador de diferentes medios para hacer frente a esta función pretendidamente natural de la manera menos natural que sea posible. Esto nos forzará a establecer vínculos más estrechos entre el estudio de la sexualidad y nuestras concepciones del tiempo.

El aspecto difásico de la aprehensión freudiana de la sexualidad ha sido olvidado: es de la mayor importancia comprender algunos conceptos freudianos elementales, tales como el de *après coup*. Freud lo describe por vez primera en el *Esquisse* (Freud, 1895 y 1950) bajo el título de *Proton Pseudos* (La primer mentira). La sexualidad está también ligada a las variaciones del tiempo tales como pueden ser experimentadas en el placer, el goce, el displacer, el dolor, etc. Complementariamente, las concepciones de la sexualidad están también en estrecha relación con el espacio. Podemos recordar aquí el concepto de relación de

objeto de Maurice Bouvet visto desde el ángulo de la “distancia del objeto”, tal como aparece en la situación de transferencia. Vemos que numerosas regiones exploradas pueden ser dejadas de lado indebidamente cuando se adoptan otras corrientes dominantes de pensamiento.

Quisiera agregar un punto de vista diferente al reexamen habitual de la sexualidad. No quisiera dar la impresión de comportarme aquí como un simple heraldo de los descubrimientos de Freud, como si pensara que no hay nada que agregar a lo que él ya describió. No solamente creo que hay todavía numerosas cosas por descubrir, sino que pienso que sus ideas merecen ser criticadas en numerosas circunstancias. Uno de los campos en el cual sus opiniones precisan una reevaluación es, como se sabe, el de la sexualidad femenina. Por otra parte, muchos otros puntos deben ser reconsiderados –puede pensarse, por ejemplo, en los trabajos de Robert Stoller (1975, 1979). Por cuestiones de tiempo, no podemos proceder al examen detallado de sus opiniones. Me parece, al menos, que las investigaciones de Stoller confirman un punto sobre el cual yo también he insistido, basado en mi experiencia psicoanalítica: la relación de la sexualidad con lo que yo he denominado la locura, diferenciándola de la psicosis.

Prestemos atención al largo abanico de trastornos de la sexualidad, aun cuando Freud no los haya ignorado, mediante, por ejemplo, el trabajo de Havelock Ellis. No obstante, jamás consideró la bizarrería del travestismo o del transexualismo, que se han transformado en relativamente frecuentes en nuestra época y en nuestra sociedad. Nuevamente no podremos, aquí y ahora, analizar las implicaciones de esta omisión. Es, sin embargo, evidente que no podríamos considerar estos estados psicopatológicos desde el único punto de vista del comportamiento o en tanto perversiones, aun cuando el transexualismo deba ser incluido entre ellas. Muchos psicoanalistas consideran que el transexualismo debiera ser considerado como una psicosis, más allá pues de lo que yo llamo locura. Aun cuando esta cuestión controvertida dé lugar a debates, es claro que la sexualidad presenta, por su propia naturaleza, algunos elementos que la vinculan con la pasión y que pueden expresarse incluso en las perversiones. Estos elementos no están solamente unidos al objeto de la perversión en tanto que persona, que desaparece la mayor parte del tiempo y es reemplazada por un objeto parcial. En los casos a los

que hacemos referencia, las gratificaciones perversas aparecen en primer plano junto con los acentos de la pasión, quienes van a la par con el afecto al objeto parcial de una manera que evoca un trastorno del espíritu. De esto Freud no ha hablado demasiado. Lo que intento decir es que las regresiones del travestismo o del transexualismo no crean enteramente estos síntomas, por lo tanto debe haber algo en la sexualidad normal que dé cuenta de la posibilidad de su surgimiento y del hecho de su monopolización del espíritu del paciente.

CONCLUSION

Quisiera ahora, a modo de conclusión, hacer algunas observaciones. Responder a la pregunta planteada en el título implica también tomar en consideración las últimas declaraciones de Freud sobre este tema. En las últimas líneas del capítulo intitulado “La teoría de las pulsiones” del *Abrégé [Compendio]*, en cierta manera su testamento, Freud escribe: “Lo que principalmente nos ha permitido conocer el Eros y, por consiguiente aquello que le sirve de índice, la libido, es el estudio de la función sexual que, para el público, aunque no en nuestras teorías científicas, se confunde con el Eros”. (Freud, 1940, pág. 11³)

A partir de esta cita vemos que Freud hace una distinción entre Eros (las pulsiones de vida y de amor) y la sexualidad, que no es más que una función (así como el inconsciente se ha transformado entonces en una simple cualidad), y la libido que es el exponente de Eros. Tenemos, entonces, una cadena que liga el concepto: Eros (pulsión de vida y de amor)-su exponente (la libido)-su función (la sexualidad). Freud subraya que no debe confundirse la sexualidad con Eros, pero si prestamos atención a la relación entre la vida y el amor, llegaremos a la conclusión de que Eros, expresándose en nombre de una pulsión de vida, actúa como una fijación psíquica. Al cualificar una pulsión de amor, la

³ El texto de la *Standard Edition* traduce la palabra “índice” por *exponent* (*exposant*) que nos parece aclarar mejor el contexto, fundamentalmente en razón de su polisemia que comprende las ideas de presentación, de interpretación, de ejecutante y de representante, al ser su valor simbólico indisociable del poder afectado a un factor. Es esta última dimensión la que desaparece, en francés, con la preferencia dada a la palabra *indice*.

fijación significa la unión con un objeto. La referencia a la sexualidad subraya que el objeto de amor es esencialmente un objeto de placer. Concluimos que, en consecuencia, el objeto garantiza la seguridad, la paz, la tranquilidad, el gusto, etc., que son las condiciones previas del placer, pero éstas no hacen sino abrir el camino a su experiencia, una experiencia que liga estrechamente al joven Yo con su objeto nutriente.

El lazo que une el amor, la vida y el placer es muy poderoso. Esta conexión implica la existencia, tarde o temprano, de la conciencia de lo otro, separado del joven Yo con todas las consecuencias que esto entraña en cuanto a las angustias que pueden surgir en ese momento. Por otra parte, el pasaje inexorable del tiempo traerá una consecuencia todavía más espectacular: el descubrimiento de que el joven bebé y su madre no están solos en el mundo, que el objeto tiene su propio objeto, que no es el bebé y al que yo llamo *el otro del objeto*; en otros términos, el tercer elemento que simboliza el padre. De ahora en más, el bebé deberá no solamente preocuparse de sus propios impulsos sexuales, sino también interrogar y fantasear sobre las relaciones secretas de dos padres que lo excluyen de hecho para gozar mutuamente del placer de su relación íntima. Y, a fin de cuentas, esta toma de conciencia de la discontinuidad de la existencia del objeto, de su desaparición periódica, de su indisponibilidad esporádica así como de la existencia de otros objetos de placer, explica la importancia del deseo. A causa de circunstancias trágicas, sin embargo muy comunes, que ya he descrito, debe cumplirse la ineludible necesidad de desplazamiento del deseo, que llamamos sublimación. La sublimación, cuyo campo se extiende mucho más allá de aquél al cual nosotros habitualmente lo reducimos, es lo que explica nuestra presencia aquí, la de ustedes y la mía propia, reunidos para celebrar la sublimación que permitió a Freud crear el psicoanálisis, hace un siglo.

Buen aniversario, querido Sigmund.

BIBLIOGRAFIA

- BOUVET, M. (1956) La relation d'objet, en *La psychanalyse d'aujourd'hui*, vol. 1, Paris, PUF.
- FREUD, S. (1915a) Pulsions et destins des pulsions, Le refoulement, L'inconscient, en *Métapsychologie*, trad. Jean Laplanche et J.-B. Pontalis, Paris, Ed. Gallimard, coll. "Idées", 1968.
- (1920) Au-delà du principe de plaisir, en *Essais de psychanalyse*, trad. Jean Laplanche et J.-B. Pontalis, Paris, Ed. Payot, "Petite Bibliothèque Payot", 1981.
- (1926) *Inhibition, symptôme et angoisse*, trad. Michel Tort, Paris, PUF, "Bibliothèque de psychanalyse", 1965.
- (1937-1938) L'analyse avec fin et l'analyse sans fin, en *Résultats, idées, problèmes*, traduit par J. Altounian, A. Bourguignon, P. Cotet, A. Rauzy, II, 1921-1938, Paris, PUF, "Bibliothèque de psych-analyse", 1985.
- (1940) *Abrégé de psychanalyse*, trad. Anne Berman, éd. revue et corrigée par Jean Laplanche, Paris, PUF, "Bibliothèque de psychanalyse", 1949, 1978.
- (1950) *La naissance de la psychanalyse*, Lettres à Wilhelm Fliess. Notes et plans, 1887, trad. Anne Berman, Paris, PUF, "Bibliothèque de psychanalyse", 1956.
- HOFFER, W. (1991) *The Freud-Klein's Controversies, 1941-1945*, Londres, New York, Routledge.
- MANNONI, O. (1969) Je sais bien mais quand même, en *Clefs pour l'imaginaire*, Paris, Le Seuil.
- MELTZER, D. (1973) *Les structures sexuelles de la vie psychique*, trad. Jean et Florence Begouin, Paris, Payot, 1977.
- ROHEIM, G. (1950) *Psychanalyse et anthropologie*, trad. Marie Moscovici, Paris, Ed. Gallimard, "Connaissance de l'inconscient", 1967.
- STOLLER, R. J. (1975) *Recherches sur l'identité sexuelle*, trad. Monique Novodorsqui, Paris, Ed. Gallimard, "Connaissance de l'inconscient", 1978.
- (1979) *L'excitation sexuelle, dynamique de la vie érotique*, trad. Hélène Couturier, Paris, Ed. Payot, coll. "Science de l'Homme", 1984.

Traducido por Marcos Thisted.

ANDRE GREEN

André Green
9, Avenue de l'Observatoire
75006 Paris
France